

Honda, Abril 4 de 1875.

MARIA QUERIDA:

El martes 19 de Marzo salí de Bogotá, acompañado de algunos amigos y parte de mis discípulos que me iban á encaminar hasta Facatativá: entre los primeros se encontraban mis inseparables Rafael Pombo, los dos hermanos Cuervo, don Miguel Paz, Fernandez, etc.

Siempre que me separo de alguna ciudad, experimento conmociones tristes y mi sensibilidad da al traste con mi individuo, habiendo acontecido va-

rias veces, que termine mi despedida de las personas que me han dispensado su amistad, casi pantomímicamente y con las lágrimas en los ojos.

Pues si esto me ha sucedido en la mayor parte de las ciudades y países que he visitado al separarme de ellas, ¿qué me pasaria en Bogotá, en donde encontré una acogida brillante, hallé amigos y familias que rivalizaron en manifestarme su bondad de mil maneras, y fui objeto de sus favores y su amistad más sincera?

Confieso que no tengo manera de manifestar mi gratitud á esas excelentes familias, á los amigos y á todos los colombianos en general, sino con guardar su recuerdo perpetuo en mi corazón y verlos como hermanos y su país como si fuera el mio.

En los momentos que terminaba un retratito de mi buen amigo Patiño, que me habia obsequiado con un lindo plano caligráfico, ejecutado por él, y que mi equipaje estaba sin arreglar, botado en las demás piezas; tres horas ántes de

que llegara el ómnibus que me debía llevar á Facatativá, en union de las personas que me acompañaban, comenzaron á llegar éstas y otras muchas que se iban á despedir de mí: algunas me rodearon para ver pintar, y las demás se sentaban ó se paseaban en el estudio, de modo que estos preliminares de despedida, el retrato que aún estaba atrasado, la penosa emocion de que estaba yo poseído y la circunstancia de que mi equipaje estaba por arreglar y el ómnibus debía llegar á la una del día, me quitaban la sangre fría para terminar la pintura y no daba ya pincelada en su lugar.

Por fin, terminó la obra, cuando ya el carruaje nos esperaba, y con mil ansias me puse á empacar mis efectos, ayudado de varios discípulos, terminando la operación á las dos de la tarde.

Me despedí de todos los amigos que quedaban en la ciudad, tomándome la palabra de volver al país en otra ocasión para tener el gusto de vernos y de que terminara de plantear el arte que con

tanta abnegacion y entusiasmo habia comenzado.

Partió finalmente el ómnibus, y después de tres horas de camino, llegamos á Facatativá.

Nos hospedamos todos en el mismo hotel, y pasamos el resto de la tarde y la noche reunidos y departiendo alegremente.

Al otro día, quiso Pombo que yo conociera un lugar notable que llaman de las Peñas, y que está situado al Nordeste de la poblacion.

En efecto, después del desayuno, nos dirigimos todos al paseo, que consiste en un terreno extenso formado de lomas ligeramente accidentadas, y en ellas de trecho en trecho, pequeñas elevaciones de diversas formas, unas de tepetate y otras de piedra, que se cree fueron obra de los Muiscas, primeros habitantes de la Nueva Granada.

No dejan de presentar un aspecto extraño esas elevaciones, porque parece un campo con grandes tiendas de

campana diseminadas aquí y ahí, ó pirámides truncadas, ó casas aisladas.

Nosotros trepamos á algunas de ellas, desde las que se disfrutaban bonitos puntos de vista por varios lados, especialmente hácia el Oeste que comienzan las montañas que dentro de algunos momentos debía cruzar en mi camino.

Regresamos á la poblacion y nos encaminamos al hotel, porque era hora ya de almorzar.

Entre contentos y tristes nos sentamos á la mesa, y despues de los primeros platos comenzaron á brindar mis amigos por mi vuelta á Colombia, porque mi patria me recibiera como á uno de sus hijos predilectos y porque siguiera conquistando laureles en todas partes. Al contestar yo algunos de estos brándis, te aseguro, Maria, que la palabra se me detenia en los labios y un nudo se me hacia en la garganta por la emocion: lloraba por ver que dejaba un país que me habia sido propicio, cuyos habitantes me habian enaltecido mas de lo que yo me merecia y aquellas pa-

labras tiernas de mis amigos acababan de enternecerme profundamente.

Terminó el almuerzo cuando ya el arriero me esperaba con las mulas preparadas para emprender la ruta.

Me despedí de todos mis amigos, dándonos muy apretados abrazos y protestando no olvidarnos jamás, así como que yo les escribiria de vez en cuando, noticiándoles el lugar de mi residencia para que ellos hicieran otro tanto.

Con el corazon lacerado, espoleé mi mula, mirando por última vez el grupo que formaban mis amigos al verme partir.

Yo venía acompañado de uno de mis discípulos, que voy á poner en la Academia de México, y de otros dos jóvenes que iban á los Estados-Unidos.

A las siete de la noche entramos á Villeta, é inútil sería decir que hallé la poblacion tan desmantelada de hoteles, como cuando entré á Colombia; pero quiero referirte algunos pormenores mas, para que te acabes de poner al tanto de lo que son estos caminos.

Al comenzar á entrar por las calles de la poblacion, dijo el arriero que llevábamos, "que allí cerca estaba la posada de *ña* Joaquina, y que sería bueno posar en ella."

Al terminar estas palabras, llegamos á la casa; preguntamos si habia cuartos y nos contestaron que solamente habia uno con un catre; se deja entender que no aceptamos, y como llevábamos mucha hambre por el ejercicio que habíamos hecho, pedimos de comer y nos contestó la patrona que únicamente habia chocolate.

Entónces seguimos adelante y á pié, tirando nuestras cabalgaduras de la brida, supuesto que, como nos dijo el arriero, estaba adelante otra posada de otra *ña* *fulana*; andábamos con dificultad por las peñas de que, á guisa de empedrados, estaban erizadas las calles, que carecian de alumbrado.

Llegamos, como los peregrinos de Nazaret, á una puerta pidiendo posada y de comer, y nos contestaron como en

la anterior, que no habia, ni tampoco chocolate.

Para no cansarte, así llegamos á otras dos posadas, mesones, ó lo que quieras llamarles, y no habia ni camas, ni posada, y mucho menos comida.

Entónces dije yo: "es mejor que vayamos de una vez al hotel donde paré cuando vine á Colombia," y nos encaminó nuestro arriero; pero no era el que yo habia conocido, sino otro que se componia de una tiendecita, sala; cocina y corral.

Hablé yo con el patron, que creí que era el mozo, porque estaba vestido de ruana, sombrero de jipi y calzado de alpargatas; y le pregunté si habia cuartos, camas y cena. Entónces me contestó: que no habia mas que la sala, un catre y una hamaca; que en cuanto á cena, solamente nos podia dar chocolate.

Al oír esta relacion, nos mirábamos los compañeros unos á otros, y yo les pregunté: ¿qué hacemos? "Pues acep-

tar," me contestaron resignados, por no haber otra cosa.

La carencia de estos artículos de comida y cena que constituyen una posada ó meson, nos hacia experimentar mas cansancio y sentir doble hambre de la que en efecto teniamos: y aunque ya yo sabia en el camino que no habiamos de encontrar una parada regular, no me imaginaba que ésta habia de llegar al grado de no encontrar cama en donde descansar ni alimentos con que satisfacer las necesidades del estómago.

Así es que, por último, dije al patron: aceptamos el chocolate que nos ofrece usted; pero siquiera que nos hagan una poca de sopa, porque aquel es demasiado poco para pasar la noche. "Enhorabuena," me contestó el hombre; y marchó á dar sus órdenes para el potaje.

Habian pasado dos horas desde nuestra llegada, y ni el chocolate ni la sopa parecian: varias veces excité al patron para que acabaran de asomar las narices esos dos artículos; pero éste nos en-

tretenia con las palabras de "ya vienen, ya vienen."

Cuando ya renegábamos, apareció la dichosa cena ó merienda, que aunque pésimamente condimentada, devoramos en un instante.

Yo me apoderé de la hamaca para dormir; otro, del único catre que habia, y los demas pasaron la noche sobre los sudaderos y las monturas.

Al otro día salimos para Guaduas, donde nos detuvimos tres dias, posando yo en la casa de mi excelente amigo don Domingo Gutierrez, artista aficionado.

Esta detencion fué motivada por la noticia que recibimos de que no salia el vapor de Honda para Barranquilla á causa de la falta de agua en el rio.

Pasados esos tres dias, supimos que salia un vapor de carga en lugar del de pasajeros que esperábamos y, como yo deseaba estar en Barranquilla ántes del 15 de Abril para tomar el vapor que debia pasar en esta fecha para San Thomas, y de aquí seguir á México,

me decidí á embarcarme en el buque de carga, áun cuando fuera con alguna incomodidad y ménos recursos bucólicos.

Llegamos á esta poblacion (Honda) á las cuatro de la tarde y al pasar por Caracolí arreglamos nuestro pasaje en el "Antioquía," que es el vapor que debe partir mañana á las ocho.

Como ya te manifesté mis impresiones de esta ciudad cuando verifiqué mi arribo á este país hace un año y medio, renunció á decirte una palabra ~~mas~~ sobre ella, si no es á despedirme de tí, porque es muy noche y necesito dormir un poco para descansar y estar listo á las seis de mañana para emprender el camino del Magdalena.

Adios, María, hasta otra vez.

San Thomas, Mayo 18 de 1875.

QUERIDA MARIA:

Salí de Caracolí el 5 de Abril, á las ocho de la mañana, hora en que desatracó el vapor para emprender el viaje.

Te manifesté en mi anterior, que deseando llegar al puerto de Sabanilla ántes del 15 para tomar el vapor que toca en ese punto en dicha fecha, me resolví á embarcarme en el "Antioquía," buque de carga que se dirigia á Barranquilla, á trueque de hacer una travesía algo incómoda en el Magdalena.

Pero no era yo solamente el que debia sujetarse á esa emergencia, sino

cos de los árboles, que por esta causa se le rotaron algunas tablas de los costados, y sobre todo palpando la inaudita torpeza del piloto que parece que elegía los lugares mas azolvados del rio para varar.

Cada vez que acontecia este accidente, permaneciamos horas enteras en aquel lugar de donde los pobres bogas, con las mayores fatigas y ayudados de palancas, hacian flotar el vapor para ir á atorarse de nuevo á pocas millas de allí.

Pero cuando llegó al colmo nuestra desesperacion, fué el octavo dia de nuestro viaje, porque el malhadado piloto, en vez de tomar uno de los mejores brazos del Magdalena, se dirigió por el mas azolvado y allí encalló al «Antioquía,» que quedó pegado tres dias con sus noches.

¡Ay, María! y cómo sufrimos con el calor, con los zancudos y sobre todo, con la desesperacion de ver que no podiamos salir de aquel lugar por mas es-

fuerzas que hacian los pobres bogas para poner en flote el vapor.

Al dia y medio de estar allí, se logró sacarlo del lugar, pero fué tan estúpido el práctico, que al girar aquel para un lado, lo volvió á varar de nuevo y permanecimos otro dia y medio.

¡Qué desesperacion!

En esto, para acabar de coronar la obra, una noche, ya que nos habiamos recogido, sobreviene la tempestad mas deshecha, mezclada de un fuertísimo huracan, y como dormiamos sobre cubierta con sólo un techo de lona, porque no habia mas que dos camarotes, que tomaron las dos únicas señoras que iban allí, el viento y la lluvia demasiado oblicua, penetraba por debajo del techo y alcanzaba hasta los catres de de todos los que dormiamos: yo tenia el mio casi en el centro, y al principio no llegaba hasta allí el agua; tomé mi ropa y la arrollé conmigo entre las sábanas; pero á poco, con la furia del viento, llega el aguacero hasta mi lugar y entónces tengo que imitar á mis

compañeros, que haciendo jácara del accidente, se paraban unos de la cama, en camisa, dando carcajadas, para huir, que al intentarlo se resbalaban sobre la cubierta mojada y daban sendos porrazos; otros se precipitaban tras una pieza de ropa ó el sombrero que les arrebatara el viento; á uno lo votó el huracán con todo y catre, y todos corrimos á guarecernos contra el tabique de la despensa, que era el único lugar seco que habia quedado. En tanto, el aguacero seguía, y los truenos y los rayos se sucedían sin interrupción y nuestro vapor en medio del río era azotado por la tempestad, que á no estar atorado, tal vez habria sido arrastrado por la corriente y estrellado contra la orilla.

Una de las señoras yacía con el grupo de hombres, porque su camarote se llovía; la otra estuvo mejor en el suyo y se libró de los percances de los demás.

Cuando se serenó el tiempo sería la una de la noche, y el capitán, decidido por los mojados que estábamos

y la desvelada que habíamos llevado, ordenó que se nos hiciera café y sacó una buena botella de cognac que tenía guardada en la despensa, y ya con unas copas de éste, entramos en calor y todos muy alegres, acordamos que se consignara esa noche memorable en nuestro álbum, y algunos propusieron que yo pintase en un papel, que quedaria fijado en el vapor, la catástrofe en el momento que huíamos, poniendo en camisa y rodando por el suelo á algunos de la reunión.

Al otro día, amaneció en un pliego grande de papel dibujado el acontecimiento y fijado en uno de los lugares más visibles, de modo que todos los que lo miraban, reían por lo grotesco de los que habían rodado de los catres y de los que, sin calzones, resbalaban y daban en tierra.

Siguieron nuestros trabajos en orden á estar á la intemperie en medio del río, hasta que al otro día Dios tuvo piedad de nosotros y pudo flotar el "Antioquia" libremente.

Como aún se varaba y daba traspies de cuando en cuando contra las rocas y los troncos de los árboles, merced á nuestro *inteligente* piloto, la noche que entrábamos ya á los canales de Barranquilla, tropezamos con unas barcas que yacian atracadas á la orilla, que parecian de conductores de frutas y semillas, y despertando éstos, comenzaron á vomitar desvergüenzas contra la tripulacion y pasajeros del "Antioquia," y estaban tan enojados que tomaron unas carabinas que llevaban y se preparaban ya á darnos de balazos, cosa que nos puso en algun aprieto, hasta que el capitan dió sus disculpas diciendo: "que el timon se habia roto y era la causa de que el buque no obedeciese, dando cabezadas contra la orilla.

Estas razones aquietaron á la tripulacion de las barcas atropelladas y nosotros continuamos nuestro camino en medio de las tinieblas, alumbrados de una mezquina luz que mas bien las hacia mas palpables; pero con el gusto de ver que íbamos á salir de aquel infer-

nal vapor, sanos y salvos de que nos hubieran pegado unas tercianas en los catorce dias que permanecemos en la navegacion.

Al otro dia por la mañana tomamos tierra para ir á alojarnos al hotel "Columbia."

Por supuesto que como habiamos llegado el dia 20, el vapor del mar habia pasado ya desde el 15, y tuvimos que resignarnos á esperar el siguiente del 1.º de Mayo.

Ya hice mencion en una de las cartas que te envié á mi llegada á Bogotá, de lo penosa que es la navegacion del Magdalena y de los peligros de que está rodeada y, plegue á Dios que aún así pueda conservarse mucho tiempo; pero segun mi opinion y la de algunos hombres conocedores de ese rio, esa navegacion no puede ser duradera á causa de los constantes aluviones de arena, troncos de árbol y otros estorbos que hacen extender sus riberas, que por consiguiente, cambian el cauce con frecuencia y es ocasion de que los vapores

se varen, así como de que se formen muchas playas extensas, que efectúan la evaporación de las aguas en grande escala y demore la salida ó paso de aquellos hasta meses enteros, esperando el viajero en medio de ese calor insoportable, envueltos en una plaga constante, la corriente salvadora que los saque á flote y puedan terminar su viaje.

Se cree generalmente que á la vuelta de cincuenta años, el único camino natural que conduce al interior del país, que es el Magdalena, habrá desaparecido para los vapores, volviendo nuevamente esa terrible navegación de los champanes con todo su cortejo de peligros, demoras y penalidades, y entonces el progreso de la capital de Colombia será mas lento, si no retrograda completamente; á no ser que sea trasladada á algun punto de la costa, se le dé entrada y salida al comercio por el Orinoco en Venezuela, ó se establezca definitivamente el ferrocarril por el *Carrare*.

Después de esperar en Barranquilla diez días mortales en medio de aquel calor insoportable, llegó por fin el feliz día de poder salir de esa población y nos dirigimos para Sabanilla, en donde nos esperaba el "Mossela," vapor de la Mala real.

Entramos á éste á las dos de la tarde y no desatracó sino hasta la una de la noche.

¡Era el primero de Mayo! día memorable para mí, porque me ponía en camino para volver á la patria, después de trece años de ausencia.

Nuestro vapor dirigió su quilla para Cartajena, á la que llegamos á las ocho de la mañana del otro día.

El "Mossela" se detuvo frente á la ciudad, como á media legua de distancia, hácia el Occidente, y desde allí se percibían claramente las torres y edificios que manifestaban ser de alguna importancia, como en efecto lo fueron en tiempo del gobierno español y posteriormente poco después de la Independencia, arruinándose en parte la ciudad por las

guerras de ésta y mas aún por las contiendas civiles, acabando de perder su importancia desde que cesó de ser uno de los primeros puertos colombianos, por haberse trasladado á Sabanilla por su inmediacion al Magdalena.

En su buena época, Cartagena llegó á contener mas de 30,000 habitantes, y en la actualidad no llegan á 10,000. Por consiguiente, la mayor parte de las casas están en ruina.

A las dos de la tarde salió el «Mosella» dirigiéndose para Colon, á donde llegamos el lunes á la misma hora, es decir, que hicimos veinticuatro en el trayecto.

En esta poblacion nos detuvimos tres dias y medio y en seguida partimos para Jamaica el viérnes 7 á las cinco de la tarde, á la que llegamos el domingo 9 á las siete de la noche.

En esta ciudad permanecemos dos dias y salimos el mártes á las siete de la mañana con direccion á Haití.

Extrañarás que te venga hablando tan rápidamente de los puertos y ciuda-

des que vengo tocando en mi viaje sin hacerte siquiera una pequeña descripcion de ellas; pero como debo de hacer una visita á las Repúblicas del Sur dentro de poco tiempo y vuelvo á pasar por todas estas Antillas, para entónces me reservo darte una idea de cada una, y por ahora, permíteme que sólo vaya mencionando los lugares por donde voy pasando y las fechas y los dias en que entró y salgo de cada puerto ó poblacion, sin dar pormenores detallados.

Decia yo que habiamos salido para Haití; y así fué en efecto, á cuya ciudad arribó el vapor para salir al otro dia.

El 15 de Mayo llegamos á San Thomas á las cinco de la mañana y nos hospedamos en el hotel Español, de mi buen amigo Pío Torres, en el que descansamos dos dias para continuar nuestro viaje á México.